

broma pesada, comenzó á canturrear *La Marsellesa*.

En todos los rostros pudo advertirse que no era el himno revolucionario del gusto de los viajeros. Nerviosos, desconcertados, intranquilos, removíanse, manoteaban; ya solamente les faltó aullar como los perros al oír un organillo.

Y el demócrata, en vez de callarse, amenizó el bromazo, añadiendo á la música su letra:

Patrio amor, que á los hombres encanta,
conduce nuestros brazos vengadores;
libertad, libertad sacrosanta,
combate por tus fieles defensores.

Avanzaba mucho la diligencia sobre la nieve, ya endurecida, y hasta Dieppe, durante las eternas horas de aquel viaje, sobre los baches del camino, bajo el cielo pálido y triste del anochecer, en la obscuridad lóbrega del coche, proseguía con una obstinación rabiosa el canturreo vengativo y monotono, obligando á sus irascibles oyentes á rimar sus crispaciones con la medida y los compases del odioso cántico.

Y como la moza lloraba sin cesar, á veces un sollozo, que no pudo contener, mezclábase con las notas del himno entre las tinieblas de la noche.



ESPECULACIONES AMOROSAS

- QUÉ se hizo Leremy?
—Es capitán en el sexto de dragones.
—¿Y Puisón?
—Suprefecto.
—¿Y Racollet?
—Murió.

Buscábamos otros nombres que nos recordaran á los compañeros de nuestra juventud á los cuales no habíamos visto en muchos años.

A otros los encontrábamos con frecuencia, ya calvos ó encanecidos, con mujer propia y abundante familia, cosa que nos estremecía desagradablemente, mostrándonos cuán frágil es la existencia y cuán pronto cambia y envejece todo.

Mi amigo preguntó:

—¿Y Prudencio, el gran Prudencio?

Lancé una especie de alarido:

—¡Ah! En cuanto á ese... La historia es larga. Escucha. Estaba yo, hace cuatro años, haciendo la visita de inspección en Limoges, y mientras aguardaba la hora de comer me aburría solemnemente, sentado en el café de la plaza del Teatro. Los comerciantes entraban por grupos de dos, tres ó cuatro, á tomar el vermut ó el ajenjo, hablando en voz alta de los negocios, riendo estrepitosamente, bajando el tono para comunicarse cosas importantes ó delicadas.

Yo me decía: «¿Qué haré después de comer?» Y me horrorizaba pensando en lo interminables que resultan las noches en una provincia, en el vagar pausado y siniestro á través de las calles desconocidas, en la tristeza abrumadora que al viajero solitario comunican los transeúntes, extraños á él en todo y por todo: por la hechura del traje, por la forma del sombrero, por sus costumbres y por su pronunciación; tristeza penetrante que se desprende también de las casas, de las tiendas, de los coches, de los ruidos ordinarios del tráfico; tristeza desgarradora que nos hace apresurar poco á poco el paso, como si estuviésemos perdidos en un país peligroso y opresor, que nos hace desear el hotel, el abominable hotel, cuyas habitaciones guardan un vaho pestilente, cuyo lecho hace reflexionar y estreme-

cer, cuyos lavabos conservan cabellos y grasa de otros huéspedes.

Pensando en todo esto, veía encender las luces de gas y sentía en aumento mi desolación y angustia á medida que cerraba la noche. ¿Qué haría yo después de comer? Me hallaba solo, enteramente solo y despistado.

Un señor gordo fué á sentarse junto á la mesa próxima, y ordenó con voz formidable:

—Mozo, mi witter.

El *mi*, sonaba en la frase como un cañonazo. Comprendí en seguida que todo era suyo, muy suyo en la existencia, y no de otro; que tenía *su carácter, su apetito, su pantalón, su «no importa qué»*, de un modo especial, absoluto, propio, más completo que cualquiera. Luego, miró en torno, con expresión de hombre satisfecho. Le trajeron su witter, y pidió:

—Mi periódico.

Yo me preguntaba: «¿Cuál puede ser su periódico?» El título bastaría para revelarme sus opiniones, sus teorías, sus principios, sus manías y sus simpatías.

El mozo le llevó *El Tiempo* y quedé sorprendido, porque *El Tiempo* es un diario serio, doctrinal, reposado. Y pensé: «Será un hombre prudente de

buenas costumbres, de hábitos regulares, un buen burgués al fin.»

Montó en su nariz sus lentes de oro, y antes de



comenzar su lectura, extendió de nuevo la mirada en torno suyo. Reparando en mí, se puso á examinarme con tal insistencia que ya me iba cargando; y me disponía á interrogarle duramente cuando exclamó:

—¡Caracoles! Me parece tener delante á Gontran Lardoys.

Le respondí:

—Sí, caballero; soy ese que usted nombra.

Se levantó bruscamente, acercándose con los brazos extendidos.

—¡Tanto tiempo sin verte! ¿Cómo estás?

Algo sorprendido, sin reconocerle, dije:

—Bien... gracias... ¿Y usted?

Soltó la carcajada.

—Juraría que no me recuerdas.

—No... la verdad... Y sin embargo, me parece..

Me puso una mano en el hombro.

—Basta de bromas. Yo soy Prudencio Robert; soy tu amigo, tu camarada.

Entonces le reconocí y le estreché las manos que me tendía.

—¿Y tú, cómo estás?

—Yo, divinamente. ¿Qué haces por aquí?

Le dí cuenta de mi visita de inspección.

—¿No estarás descontento de tu suerte?

—No del todo, ¿y tú?

Con aire de triunfo me respondió:

—Yo estoy como el pez en el agua.

—¿A qué te dedicas?

—A los negocios.

—¿Ganas mucho dinero?

—Mucho; estoy muy rico. Mañana si quieres te daré de almorzar en mi casa, calle del Gallo, número 17. Ya verás qué instalación.

Creí verle dudar un momento; luego prosiguió:

—¿Eres tan alegre como antes?

—No he variado.

—¿Ni te casaste?

—No.

—Hiciste bien. ¿Y te gustan como siempre los jolgorios y las patatas?

Me iba resultando deplorablemente vulgar. A pesar de todo, le respondí:

—Me gustan como siempre.

—¿Y las guapas mozas?

—Más que nunca.

Rióse muy satisfecho, y dijo:

—Mejor que mejor. ¿Recuerdas nuestra primera locura en Bordeaux? ¡Qué noche! En efecto, recorde aquella y otras posteriores. Reimos. El golpeaba la mesa con los puños; yo le pregunté bruscamente:

—¿Y tú no te casaste?

—Sí, hace diez años; y tengo cuatro criaturas hermosísimas. Ya las verás mañana y á su madre también.

Hablábamos á voces; los parroquianos del café nos observaban sorprendidos.

De pronto mi amigo miró la hora en su reloj, un cronómetro inmenso, y exclamó:

—¡Caracoles! Mucho lo siento, pero necesito dejarte, porque tengo que hacer esta noche.

Se levantó estrechándose las manos, y sacudiéndolas como si quisiera arrancarme los brazos, dijo:

—Hasta mañana, ya lo sabes; á medio día.

Pasé la mañana trabajando con el interventor de Hacienda, que me convidó á almorzar; pero le dije que tenía cita con un amigo. Salió acompañándome y le pregunté:

—¿Sabe usted dónde está la calle del Gallo?

—Sí, está un poco lejos; yo le guiaré.

Y nos pusimos en camino.

Era una calle ancha, hermosa, que se abría en un extremo de la ciudad. El número 17 correspondía á una especie de hotel con jardín. La fachada, adornada con frescos al estilo italiano, me pareció de mal gusto. Veíanse diosas reclinadas sobre urnas, otras entre nubes que ocultaban sus íntimas bellezas. Dos amorcillos de piedra sostenían el número.

—Esta es la casa.

Sorprendido al oirme, el interventor de Hacienda

hizo un gesto brusco y singular, pero no dijo nada, estrechando la mano que yo le ofrecí.

Llamé. Salió una criada.

—¿El señor Robert, vive aquí?

—¿Desea usted hablarle?

—Sí.

El vestíbulo estaba elegantemente adornado con pinturas debidas al pincel de un artista local. Pablo y Virginia se besaban á la sombra de las palmeras bañadas en rojiza claridad. Un farol oriental y anti-pático, pendía del techo. Varias puertas estaban ocultas bajo cortinajes llamativos.

Pero lo que más me chocaba de todo, era el olor. Un olor nauseabundo y perfumado, que recordaba los polvos de arroz y el moho de las cuevas. Un olor indefinible en una atmósfera pesada, abrumadora, como la de las estufas. Subí, siguiendo á la criada, por una escalera de mármol, revestida con una alfombra de género oriental, y me introdujeron en un salón suntuoso.

Solo ya, miré lo que me rodeaba. Los muebles eran ricos, pero no elegantes, y denotaban una presunción excesiva. Grabados del siglo XVIII representando mujeres muy peinadas y casi desnudas, sorprendidas en actitudes interesantes por caballeros galanteadores; una señora echada en un lecho des-

ordenado daba con el pie á un perrillo envuelto entre las sábanas; otra resistía dulcemente á su amante cuya mano se ocultaba debajo de los vestidos; un dibujo presentaba cuatro pies, cuyos cuerpos se adivinaban, ocultos detrás de una cortina. El salón estaba rodeado de anchos y muelles divanes y todo él impregnado en el olor enervante y molesto que me dió en las narices desde el vestíbulo. Algo de sospechoso y repugnante se revelaba en los muros, en las colgaduras, en los muebles, en todo.

Me acerqué á la ventana para mirar al jardín que se extendía á espaldas del hotel. Era grande, bien sombreado y soberbio. Un ancho paseo rodeaba un macizo de verdura, en cuyo centro había un surtidor.

De pronto, entre los arbustos, aparecieron tres damas, andando lentamente, cogidas por el brazo, cubiertas con largos peinadores blancos llenos de encajes.

Dos eran rubias, y la otra morena. Luego volvieron á desaparecer entre los árboles. Quedé sobreco-gido, encantado ante aquella breve y agradable aparición, que hizo surgir en mí todo un mundo poético. Se habían mostrado apenas, á una conveniente luz entre los verdores del ramaje, en el jardín secreto y delicioso, evocando en mi memoria las



hermosas damas del siglo XVIII que vagaban á la sombra de los álamos, aquellas hermosas damas, cuyos ligeros amores producían los galantes grabados del salón. Y envidié aquel tiempo dichoso, florido, espiritual y tierno en que las costumbres eran tan plácidas y las caricias tan fáciles...

Una voz atronadora me hizo estremecer. Prudencio había entrado en la sala, radiante como siempre, y me tendía las manos. Mirándome á los ojos, con solapada expresión, propia de ciertas confidencias, y haciendo un gesto napoleónico, me hizo reparar en su lujo, en su jardín y en las tres mujeres que volvieron á dejarse ver; luego con voz triunfante y llena de orgullo, exclamó:

—¡Quién diría que todo esto lo empecé con mi esposa* y mi cuñada solamente!





LA DOTE

A nadie sorprendió el matrimonio de Simón Lebrumet, notario, con Juanita Cordier. El señor Lebrumet, estaba en tratos con el señor Papillon para que le traspasara la notaría. Claro que necesitaba dinero; y la señorita Cordier tenía una dote de trescientos mil francos, disponibles, en billetes de Banco y en títulos al portador.

Lebrumet era bien parecido, agradable, gracioso; todo lo gracioso que puede ser un notario, pero gracioso á su manera, cosa extraña en Boutigny-le-Revours.

La señorita Cordier, tenía la frescura y el atractivo de los pocos años; frescura un poco basta, campesina, y atractivo provincial; pero, en conjunto, era una bonita muchacha, bastante apetecible.

La ceremonia del casamiento puso en conmoción á todo Boutigny.

Fueron muy admirados los novios cuando volían á ocultar su dicha bajo el techo conyugal, decididos á irse luego algunos días á París, después de saborear las dulzuras del matrimonio en el retiro de su casa.



Y los primeros aleteos de su amor fueron verdaderamente seductores, porque Lebrumet supo tratar á su esposa con una delicadeza, una ternura y un acierto incomparables. Era su divisa: *«Todo llega para quien sabe aguardar.»*

Supo, al mismo tiempo, ser prudente y decidido. Así triunfó en toda la línea, consiguiendo en menos de una semana, que su esposa le adorase. Juana ya no sabía vivir sin él; no se apartaba de

su lado un solo instante, agradeciéndole sus caricias. El se la hubiera comido á besos; la sobaba las manos, la barba, la nariz... Ella, sentada sobre sus rodillas, le cogía por las orejas, diciéndole:

—Abre la boca y cierra los ojos.

Simón abría la boca, satisfecho, entornaba los párpados y recibía un beso dulce, sabroso, largo, que le cosquilleaba en todo el cuerpo.

Les faltaban ojos, manos, bocas, tiempo; les faltaba todo para realizar las múltiples caricias que imaginaban.

* * *

A los pocos días, el notario dijo á su mujer:

—¿Quieres que vayamos á París mañana? Como dos amantes, recorremos los teatros, los restaurantes, los cafés cantantes, los merenderos con gabinetes reservados al amor clandestino...

Ella saltaba de gozo.

—Sí, sí, sí; vayamos lo más pronto posible.

El prosiguió:

—Como es necesario atender á todas las cosas, le dirás á tu padre que hoy mismo te haga entrega de tu dote. Lo llevaremos, para pagarle al señor Papillon el traspaso de la notaría.

Ella, convencida, respondió:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1940-1925 MONTERREY, MEXICO

—No tengas cuidado; ahora mismo, si quieres.

El beso que los unió estrechamente no acababa nunca.

Y al otro día, el padre y la madre de la novia los despidieron en la estación del ferrocarril.

El viejo razonaba:

—Me parece una imprudencia llevar tanto dinero en el bolsillo. Se os puede perder la cartera, os pueden robar...

Y el joven yerno sonreía:

—Tranquilícese usted. Estoy muy acostumbrado á llevar sobre mí valores. Ya sabe que los notarios nos vemos obligados á manejar las fortunas de los clientes, y con frecuencia viajamos con un millón en los bolsillos. Vale más hacerlo así; cuesta menos tiempo, menos molestias y se ahorran los giros. Tranquilícese usted.

Un mozo de la estación gritaba:

—¡Señores viajeros, al tren!

El matrimonio subió á un vagón en el cual había dos viejas.

Lebrumet murmuró al oído de Juana:

—¡Qué aburrimento! No podré fumar.

Ella respondió:

—Tampoco me divierte la compañía; ya comprenderás el motivo...

Silbó la locomotora y el tren se puso en marcha. El trayecto era corto, y los novios apenas hablaron, aburridos de ver á las dos viejas con los ojos muy abiertos. No podían permitirse ninguna libertad.

Llegados á la estación, el notario dijo á su mujer:

—Si te parece, almorzaremos ahora en el bulevar, y luego volveremos tranquilamente á recoger el equipaje para dejarlo en el hotel.

A ella le pareció magnífico el proyecto.

—Sí, sí; almorzaremos en un restaurant. ¿Está muy lejos?

El respondió:

—Sí, está un poco lejos. Pero el ómnibus lleva descansadamente á todas partes.

Juana se permitió advertirle:

—¿No sería más cómodo un coche?

Y él gruñía, sonriendo:

—¡Un coche! ¡lo más caro! Por cinco minutos, ¡un coche! Hay que hacer economías.

—Tienes razón—contestó la mujer un poco avergonzada.

Avanzaba un ómnibus, al trote de los caballos; Lebrumet gritó:

—¡Conductor! ¡eh! ¡conductor!

El pesado vehículo se detuvo, y el joven notario, empujando á su mujer, le dijo rápidamente:

—Anda, entra en el interior; yo iré arriba para fumar siquiera un cigarrillo antes de que almorcemos.

Juana hubiera querido responderle, pero no pudo; el conductor, cogiéndola de un brazo, la embutió en el coche, y ella se vió de pronto sentada, mirando con asombro, por la ventanilla de atrás, los pies de su marido que se encaramaba en la imperial.

Quedóse inmóvil, sobrecogida, entre un señor gordo que olía desagradablemente á pipa sucia, y una vieja que apeataba también.

Los demás viajeros, alineados y silenciosos, eran: un dependiente de ultramarinos, un sargento de infantería, un caballero con lentes de oro y sombrero de alas enormes abarquilladas como canales, dos señoras cuya expresión altanera y arisca parecía decir: «estamos aquí, pero valemos infinitamente más que ustedes», tres hermanas de la caridad, una mocita y un enterrador; todos parecían caricaturas de un museo grotesco, de una serie de reproducciones irónicas del rostro humano, semejantes á las filas de muñecos en los «pimpampum» de las ferias.

La trepidación del coche sacudía sus cabezas haciendo retemblar sus lacias mejillas, y el ruido de

las ruedas, aturdiéndolos, haciales parecer idiotizados ó adormecidos.

Juana, inmóvil, decía para sí: «¿Por qué no ha entrado conmigo? ¿Tanto le apremiaba el deseo de fumar?»

Y una tristeza vaga la invadía.

Las hermanas de la caridad hicieron al conductor una seña para que mandase parar el ómnibus.

«Es más lejos de lo que yo supuse»—pensaba la novia.

Bajó el enterrador, y ocupó su asiento un mozo de cuadra, que olía—y no á rosas. Al irse la mozueta, entró un mozo de cordel apestando á sudor agrío.

Juana sentía cansancio, inquietud, disgusto, ganas de llorar, sin saber por qué.

Se apearon más viajeros y subieron otros; el ómnibus recorría calles y calles, deteniéndose de cuando en cuando en una estación.

«¡Qué lejos vamos!»—pensaba la novia—. «¿Se habrá distraído Simón? ¿Se habrá dormido? ¡Estaba hoy tan fatigado!»

Poco á poco fuese quedando sola. El conductor dijo:

—¡Vaugirard!

Y como la viajera no se movía, repitió:

—¡Vaugirard!

Entonces Juana comprendió que á ella se dirigía el empleado, quien al verla inmóvil, dijo por tercera vez:

—¡Vaugirard!

La novia no pudo contener esta pregunta:

—¿Dónde estamos?

Y el conductor malhumorado, contestó:

—Estamos en Vaugirard; lo he dicho veinte veces.

—¿Falta mucho para el bulevar?

—¿Qué bulevar?

—El de los Italianos.

—¡Apenas hace tiempo que pasamos por él!

—¡Oh! ¿Tiene usted la bondad de avisar á mi marido?

—¿Su marido? ¿Cómo?

—Está en la imperial.

—En la imperial no hay nadie.

Juana tembló espantada.

—¿Es posible? Yo le vi subir. Mire usted, por favor. Está, sin duda.

El empleado contestó groseramente:

—Basta de músicas; para cada hombre que pierdas, encontrarás diez. Al avío. Se acabó; en la calle hay muchos hombres; no te será difícil agarrarte á otro.

Con lágrimas en los ojos la novia insistía:

—Le aseguro á usted que se equivoca; no puede haberse ido; es mi esposo; llevaba una cartera debajo del brazo.

El conductor se puso á reír.

—Un caballero con una cartera, sí; en la Magdalena se apeó. Bien te ha plantado. Já... já... já...

Juana bajó del coche, y no pudiendo convencerse de lo sucedido, dirigió los ojos instintivamente á la imperial. No había nadie.

* * *

Rompió á llorar, y sin tener presente que la miraban, que la oían, dijo en alta voz:

—¿Qué será de mí ahora?

El inspector se acercó preguntando:

—¿Qué sucede?

Y el conductor le dijo con mucha guasa:

—Que se le ha escapado á esta señora... *su marido*, en el trayecto.

—Está bien. Andando.

Y volvió la espalda.

Entonces la novia se alejó de allí, demasiado despavorida y demasiado desesperada para comprender lo que la ocurría. ¿A dónde ir? ¿Qué hacer? ¿Cómo fué posible aquel error, aquel olvido,

aquel desprecio, aquella inverosímil distracción?

Sólo llevaba dos francos en el bolsillo. ¿A quién dirigirse? De pronto recordó á su primo Barral, jefe de sección en el Ministerio de Marina.

Tenía lo suficiente para una carrera de coche; tomó el primero que pasaba desalquilado, y se hizo conducir á casa de su primo. Cuando ella entraba, él salía, encaminándose al Ministerio. Llevaba, como Lebrumet, una cartera debajo del brazo.

Juana se apeó gritando:

—¡Enrique!

El se detuvo asombrado.

—¡Juana! ¿Tú aquí? ¿Sola? ¿Qué haces? ¿Qué ocurre? ¿Cómo vienes?

Ella balbució llorando:

—Acabo de perder á mi marido.

—¿Perderlo? ¿Dónde?

—Sobre la imperial de un ómnibus.

—¿En un ómnibus? ¡Oh!

Entre sollozos, Juana refirió su aventura.

El primo escuchaba, reflexionando, y preguntó:

—¿Estaba sereno esta mañana?

—Sí.

—¿Llevaba mucho dinero en el bolsillo?

—En una cartera, mi dote.

—¡Ah! ¿Tu dote?

—Sí; veníamos á pagar el traspaso de la notaría.

—Pues bien; tu marido, á estas horas, ya está camino de Bélgica.

Ella no comprendía por qué, y sollozó:



—¿Mi marido?... ¿Camino de Bélgica?

—Te ha estafado la dote. Ha huído con todo tu dinero. La cosa es clara.

Ella quedó en silencio, sofocada y aturdida; luego murmuró:

—¡Es... es... es un miserable!

Desfalleciendo, cayó en los brazos de su primo.

Como llamaban la atención de los transeuntes, que ya se detenían para observarlos, él, suavemente, la condujo hacia su casa, y la hizo subir la escalera.

La criada que les abrió la puerta, muy sorprendida, recibió este recado:

—Corre al restaurant, di que traigan pronto dos cubiertos. Hoy no iré á la oficina.



EL BIGOTE

Solles.—Lunes 30 de Julio de 1883.

Mi querida Lucía: Nada nuevo me ocurre. Vivimos en la sala, viendo llover. Como salimos apenas con un tiempo tan malo, nos distraemos haciendo comedias.

¡Qué tontas me parecen las piecitas para salón del repertorio actual! Todo es inverosímil, grosero y pesado. Los chistes, como balas de cañón, lo destruyen todo. Nada ingenioso, natural, alegre ni elegante. Los escritores que hacen tales cosas, desconocen la sociedad, ignoran cómo pensamos y cómo hablamos. Me parecería bien que despreciaran nuestras costumbres, nuestros modales y nuestras convenciones; pero me parece mal que los desconozcan. Para echárselas de irónicos y sutiles, hacen juegos de palabras que avergonzarían á un cuartel; para mostrarse vivos y graciosos, recurren